

Pensando desde la metáfora

Mercedes Blanco

Aristóteles, autor de un primer sistema orgánico de la ciencia, de un primer mapa de la «filosofía», es también el autor de los primeros textos conservados que tratan de la metáfora. Tal vez por ello, contribuciones recientes al tema, como las de John Searle¹, Arthur Danto² y Paul Ricoeur³ parten de un nuevo examen de la teoría aristotélica.

Aristóteles propone a la vez una definición y una tipología al definir la metáfora como «la transferencia a una cosa de un nombre ajeno, transferencia o del género a la especie o de la especie a la especie, o según la relación de analogía»⁴. Decir «mil proezas» por «muchas proezas» sería conferir al género el nombre de la especie; decir «un gran gato», por un «león», transferirlo, de la especie, a otra especie del mismo género. Aunque esta definición haya sufrido en el curso de los siglos múltiples revisiones, no ha desaparecido nunca de la idea de metáfora el ingrediente de la alteridad dual. Para todos los que manejan el concepto, la metáfora es vector entre dos entidades, ya sean éstas «significantes», palabras, significados, conceptos, cosas, o, como quiere Nelson Goodman, «reinos»⁵.

La analogía, en esta primitiva taxonomía de la metáfora, es el único tipo que traspasa las fronteras del género, transfiriendo el nombre de una cosa a otra de género distinto. A diferencia de los demás tipos, la analogía no asocia dos términos previamente conectados por el género que comparten, sino cuatro términos conectados por la identidad de dos relaciones:

«Hay la misma relación entre la copa y Dionisos que entre el escudo y Ares: el poeta dirá de la copa que es el escudo de Dionisos, y del escudo que es la copa de Ares. De igual modo, hay la misma relación entre la vejez y la vida que entre el atardecer y el día; el poeta dirá por lo tanto del atardecer, con Empédocles, que es la vejez del día, y de la vejez que es el atardecer de la vida»⁶.

¹ John Searle, «Metaphor», *Metaphor and thought*, ed. by A. Orthony, Cambridge University Press, 1978.

² Arthur Danto, «Metaphor and Knowledge», *Beyond the Brillo box. The Visual Arts in Post-Historical Perspective*, New York, 1992.

³ Paul Ricoeur, *La métaphore vive*, Paris, Seuil, 1975.

⁴ Aristóteles, *Poética*, 21.

⁵ Nelson Goodman, *Languages of Art*. Indianapolis, 1976.

⁶ *Poética*, 21.

Uno de los cuatro términos implicados en la analogía puede no tener designación previa, y, en ese caso, la metáfora permite expresarlo, creando una denominación nueva:

«[...] por ejemplo, la acción de lanzar a lo lejos la simiente se llama sembrar, pero para designar la acción del sol que lanza su luz a lo lejos no existe un vocablo específico; sin embargo la relación de esta acción a la luz del sol es la misma que la de la acción de sembrar a la simiente; por ello, algún poeta ha dicho *sembrando una luz divina*⁷».

Mediante la distinción entre la metáfora «de la especie a la especie», que se mueve dentro de un género preestablecido, y que por ello no implica una idea realmente nueva, y la metáfora por analogía, que puede hacer surgir nuevos objetos o conceptos, la metáfora excede el dominio de lo verbal para invadir el territorio del pensamiento. Aunque tan antigua, la idea está lejos de haber caído en desuso. Todavía en 1979, cuando Nelson Goodman, eminente representante de la filosofía analítica, sintetizaba en unas líneas su concepción de la metáfora, no se apartaba mucho de la doctrina aristotélica, aunque prefiriera prescindir del viejo término de analogía, demasiado lastrado de metafísica:

Metaphor in my view involves withdrawing a term or rather a schema of terms from an initial literal application and applying it in a new way to effect a new sorting either of the same or of a different realm⁸.

[La metáfora en mi opinión implica retirar un término o más bien una familia de términos de una aplicación inicial literal y aplicarlos de modo nuevo, lo que tiene por efecto una nueva clasificación del mismo reino o de otro diferente].

La traslación de un término de su aplicación literal a otra diferente, que se observa por ejemplo cuando decimos que un paisaje es triste, equivale a la importación de una familia entera de términos, porque esta calificación presupone o abre la posibilidad de aplicar al conjunto de los paisajes el conjunto de las «etiquetas» de que disponemos para distinguir estados de ánimo. Organizamos la percepción del paisaje por analogía con la percepción de nuestros sentimientos, y «pensamos» el paisaje como algo capaz de ejemplificar, «metafóricamente», la tristeza pero también por supuesto la alegría, la serenidad o la inquietud y, lo que es más importante, una infinidad de matices afectivos desprovistos de etiqueta verbal. Sin este proceso,

⁷ Ibidem.

⁸ Nelson Goodman, «Metaphor as Moonlighting», *Critical Inquiry*, vol. 6, 1979, 125-130. La cita en página 128.

que convierte la contemplación del paisaje en una forma de introspección, tal vez sería imposible no sólo que nos gusten los paisajes, sino incluso que emerja la noción de paisaje como tal, y, mucho menos, el paisaje como género pictórico. Algo parecido subyace a la teoría de la «metáfora viva» que sostiene Paul Ricoeur. Mediante la «metáfora viva», que rompe la red de categorías preexistentes a cuya combinatoria se limita un discurso que sólo reitera o aplica lo ya sabido, el pensamiento deja de ser mero cálculo –aplicación de unas reglas o ejecución de un algoritmo–, para volverse apertura de un horizonte, visión, aventura y novedad.

Para quienes sienten en este punto como Goodman y Ricoeur, la metáfora no afecta sólo a la expresión verbal, no se reduce a un adorno o artificio para expresar con eficacia las cosas que ya hemos pensado, sino que entraña un pensamiento, o incluso el momento fecundo de todo pensamiento.

Sin embargo, la distinción de la metáfora de la especie a la especie y de la metáfora por analogía, tal como surge en su primer inventor, Aristóteles, tiene fundamentos bastante endeble. ¿Qué es lo que impide ver, en la acción de sembrar y en la correspondiente acción del sol con la luz, dos especies del género, «lanzar a lo lejos», como lo sugiere el mismo texto, exactamente como «cortar» y «extraer» son dos especies del género «quitar», según la explicación asociada al ejemplo de metáfora de la «especie» a la «especie»? Además, cuando nos topamos con la metáfora ya forjada, con el sol que «siembra una divina luz», nada nos veda suponer que la analogía entre el sol y el sembrador reside en algo completamente distinto del hecho de lanzar a lo lejos, por ejemplo en la dispersión en todas las direcciones del espacio, o en la virtud fecundante que comparten la luz y la simiente que ambos esparcen o arrojan. Vemos pues el carácter equívoco de la supuesta identidad de relaciones en que consistiría la analogía;

Hasta los ejemplos más arcaicos y sencillos inducen pues a sospechar que el verdadero alcance de la metáfora reside menos en el razonamiento en que parece apoyarse, que en la posibilidad de desarrollarla por otras metáforas, y en las sugerencias indefinidas, si no infinitas, que ofrece al comentario y a la variación. Más que basarse en razones (comunidad de género, identidad de relaciones), la metáfora nos induce a buscar una pluralidad de razones plausibles, aunque tal vez remotas y extrañas, y nos incita a expresar un número indeterminado de relaciones hasta entonces inéditas o virtuales. La hibridación entre dos términos que efectúa el proceso metafórico no es el resultado de un cálculo, sino un postulado cuya validez podemos experimentar ensayándolo mediante una producción de sentido, mediante una paráfrasis de fronteras indeterminadas.

El gran tratadista barroco italiano del conceptismo, Emanuele Tesauro, que dedica a la metáfora y a sus «ocho» variedades muchas páginas de especulaciones sutiles y geniales pedanterías, nos ofrece esta brillante caracterización de las maravillas que opera el proceso metafórico:

«[A la inversa de la comparación que sólo aproxima dos objetos] la metáfora los une estrechamente en un vocablo, y como por milagro te los hace ver uno en el otro. Lo que acrecienta tu placer, del mismo modo que es más curioso y más placentero mirar muchos objetos por un orificio de perspectiva que si los originales mismos te pasaran sucesivamente delante de los ojos»⁹.

Cuanto más licenciosa, más monstruosa, la hibridación, la introyección de un objeto dentro de otro, más genial la metáfora, sostendrán los surrealistas, y hay que darles la razón, al menos si el monstruo logra sobrevivir, es decir si cabe imaginarlo y especular sobre él.

Donald Davidson, cuya teoría semántica de inspiración lógica niega validez a la oposición entre el sentido literal y el sentido figurado, emprende en un conocido ensayo la demolición de la falacia del «significado metafórico»¹⁰. Cuando Schopenhauer escribe que «una demostración geométrica es una ratonera», «ratonera» significa exactamente lo mismo que cuando mencionamos las ratoneras que hubo que poner en el desván, el sótano o la cocina. Por ello, ante la frase de Schopenhauer, podemos hacer una de estas dos cosas: o estimar que el filósofo bromea o desvaría, o postular que quiso hacer una metáfora, es decir, mediante un enunciado patentemente falso, lanzarnos a la busca de observaciones e ideas, algunas de ellas de carácter no proposicional. A estas ideas tendremos acceso si interpretamos su absurdo dicho como quien interpreta un sueño o un delirio. La interpretación de la metáfora sería pues una libre actividad creativa, que requiere imaginación y talento. Davidson distingue tajantemente la interpretación de la metáfora y el sentido del enunciado «metafórico», porque, de acuerdo con su teoría semántica, cualquiera puede construir inequívocamente el sentido (*meaning*) de una frase gramatical, aplicando en un orden prescrito un número finito de reglas, con tal de que conozca el idioma a que pertenece la frase. En cambio, la interpretación de una metáfora será incierta y oscilante, sólo fijable hasta cierto punto mediante el conocimiento de su autor.

⁹ Emanuele Tesauro, *Il Cannocchiale aristotelico (1670)*, herausgegeben und eingeleitet von August Buck, Berlin-Zürich, 1968, p. 301 (la traducción es nuestra).

¹⁰ Donald Davidson, «What Metaphors Mean», en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford, Clarendon Press, 1984.